

ATENEEO BARCELONÉS

**DEFECTOS
DEL SISTEMA EDUCATIVO
Y SUS GRAVES CONSECUENCIAS
SOCIALES**

Conferencia pronunciada por el Presidente
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBI
en el acto de inauguración del Curso 1956-1957
del Ateneo Barcelonés



Curso de 1956-1957

Ateneo Barcelonés
BIBLIOTECA

N.º 75062

Arm. 215

Est. V (8)

37 (84) Gua

MINISTERIO
DE CULTURA



ATENCION

**DEFECTOS DEL SISTEMA EDUCATIVO
Y SUS GRAVES CONSECUENCIAS SOCIALES**



MINISTERIO
DE CULTURA



ATENEU BARCELONÉS

**DEFECTOS
DEL SISTEMA EDUCATIVO
Y SUS GRAVES CONSECUENCIAS
SOCIALES**

Conferencia pronunciada por el Presidente
Excmo. Sr. D. PEDRO GUAL VILLALBI
en el acto de inauguración del Curso 1956-1957
del Ateneo Barcelones



Curso de 1956-1957

MINISTERIO DE CULTURA

MINISTERIO DE CULTURA

MINISTERIO DE CULTURA



R.75062

Dignísimas autoridades, señoras y señores:

En el número correspondiente al mes de agosto de una importante revista de Norteamérica, me llamó la atención el título que, con destacados caracteres, encabezaba el artículo de fondo; era una pregunta breve: — ¿Qué es la educación? —. El hecho de formular un tal interrogante a estas alturas, cuando parece que en materia de Pedagogía y didáctica pedagógica se ha dicho ya todo, cuando existen millones de escuelas, decenas de millares de centros docentes de todas clases y categorías esparcidas por el mundo, contamos con una pléyade inmensa de educadores y la misma ciencia de la educación tiene cultivadores notabilísimos, revela una cosa, revela que el sistema educacional, meticulosamente elaborado en teoría por pedagogos y psicólogos, o no se aplica o ha fracasado rotundamente; porque lo cierto es que cuando se pregunta es que se ignora o se duda de algo, y a mí el interrogante del artículo y su lectura, me dieron la impresión del desaliento del hombre que ha recorrido los caminos y no encuentra el final.

La raíz
fundamental
de nuestros
males

¿Cuál es este final? ¿Qué se propone la educación? ¿Dónde está la meta de los sistemas educativos? Puede parecer a primera vista sorprendente que haga esos interrogantes, que seguramente están contestados y de manera cumplida, en cualquier manual de ciencia pedagógica, y que se formulen tales interrogantes en un siglo como el nuestro, en que estamos ahitos de cultura, tenemos el legítimo orgullo de nuestras invenciones y descubrimientos, en que creemos saberlo todo, porque cada vez más descubrimos los arcanos y misterios de la naturaleza, y que tenemos la satisfacción de nuestro progreso y prosperidad. Sin embargo, no creo que huelguen estos interrogantes, los creo justos y oportunos, y precisamente por esto lo he escogido como tema de esta conferencia; porque yo tenía necesidad de decir que frente a la casi general indiferencia con que se miran los problemas de la educación, a la superficialidad con que se tratan, a cómo se deforman, hay que sentar una afirmación contundente, cual es la de que este problema de la educación es el primero, el máximo, el fundamental, el que está por encima de todos. Sobre los hombres de nuestro siglo, so-

bre nuestra generación, pesan indudablemente muchos y graves males, y para cada uno podemos, seguramente, encontrar una causa o una serie de causas específicas, concretas, que los determinen; pero yo digo, que en el fondo, en la raíz profunda, la causa fundamental y general de todo nuestro malestar no es más que una, lo que podríamos decir, la *mala educación de nuestro tiempo*. Porque el problema tiene gran importancia hay que darle alguna consideración y para poder comprender su significado y alcance quizás son necesarias unas aclaraciones previas o precisiones, que a muchos podrán parecer superficiales, y sin embargo considero necesarias y oportunas.

Conceptos
del vocablo
"educación"

El vocablo "educación" tiene interpretaciones distintas. En un sentido vulgar, decimos que persona educada es la cortés, de maneras correctas, adecuadas, que tiene la auténtica elegancia natural, en todo, no con afectación ni cursi; el hombre que sabe estar siempre en su lugar, en la mesa, en las recepciones, en las reuniones y que sabe expresarse correctamente. Y sin embargo esto no es la educación, porque a veces en el fondo de esas personas atildadas, elegantes, amables y correctas, se oculta un hombre de instintos duros, de sentimientos crueles y hasta perversos. Es proverbial que los chinos son refinados en su crueldad para tomar sus venganzas y satisfacer sus resentimientos, pero lo hacen con maneras suaves, correctas, con gestos delicados. Esto no es educación; porque la educación no son las formas exteriores, lo externo del comportamiento social, sino algo que cala en el fondo de nuestro espíritu, en nuestra conciencia y en los sentimientos.

Más frecuente y más extendido es el concepto de que la educación consiste en montar un sistema, una estructura de instituciones que van desde la enseñanza primaria, pasando por la secundaria, hasta las enseñanzas superiores universitarias o técnicas, para adquirir en ellas unos conocimientos generales o específicos, en leyes o en medicina, en ingeniería o en comercio, etc.; conocimientos que nos preparan, nos dan una aptitud para ocupar un puesto en la sociedad, para el desempeño de un cargo o una ocupación, y consideramos que no es una persona educada o que "no ha recibido educación", la que no ha pasado por esas instituciones.

Tampoco esto es educación. Porque frecuentemente, decimos, "sí, fulano de tal es un hombre muy ilustrado, pero es un solemne grosero, es un hombre mal educado" y casi también es regla general que los sabios alardeen de despreocupación, son huraños, excéntricos, antisociales y hasta misántropos. Tampoco podemos creer demasiado que la educación consiste en darnos una preparación intelectual, una serie de conocimientos para ocupar puestos en la sociedad, porque desgraciadamente todos los días vemos que se encaraman hacia las posiciones más altas, no los hombres más

competentes e ilustrados, sino los más audaces. La audacia y la irreflexión son a veces más útiles en la sociedad actual que la reflexión y la prudencia. Y cada día, en el desorden febril de nuestro siglo, recibimos la lección inmoral de que para hacer carrera en la fortuna o en la política, las buenas y refinadas cualidades del espíritu son más bien un estorbo que una facilidad.

Si, por tanto, la educación tampoco es esto, entonces ¿qué es la educación? Las intuiciones populares no llegan a definir de una manera completa los conceptos, porque por ser precisamente intuición, ya quedan en la periferia, resbalan sobre la superficie, pero hay en ellas algún fundamento de verdad. Así la intuición popular, al hablar de educación en el sentido de comportamiento o de educación en el sentido de instrucción, probablemente tiene un fondo de verdad y de razón; sólo que la educación debe ser la conjunción de estos dos conceptos y algo más.

Tengo prisa por decir a ustedes que la educación no consiste en una suma de conocimientos adecuados, que nos preparen para *ganarnos la vida*, sino un complejo de elementos y circunstancias que nos *preparen para la vida*. Cuando se constituyó la UNESCO, en el título, "Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura", ya claramente se indica que Cultura y Ciencia no son educación y que ésta va por delante y es algo sustantivo. Yo no estoy del todo conforme con el mencionado título, creo que es discutible, pero para los efectos de separar el concepto de educación del de instrucción o cultura y de la investigación científica, basta. En el Acta constitucional de la UNESCO se dice que esta organización internacional se constituye para imprimir un vigoroso impulso a la educación, cuyo fin supremo define que es la formación del individuo para que, en buena armonía con sus semejantes, desempeñe su papel en el mundo, ocupe su puesto en la sociedad. Cada hombre en la sociedad ha de tener conciencia de sus derechos y de sus deberes, conocimiento de los problemas que se plantean en el ambiente en que vive, capacidad para contribuir de modo eficaz al progreso económico social de la comunidad.

De esta manera, vean ustedes que el concepto educación tiene un ámbito más extenso, se sale del círculo estrecho de la instrucción para tener una proyección social. La educación, se puede decir, es la integración del individuo en un conjunto, en la comunidad; la adaptación gradual, escalonada, al ambiente en que se vive. Creo que será más claro si decimos que la instrucción es una cosa de tipo personal; un hombre se instruye, adquiere unos conocimientos, pero los adquiere para entrar en la lucha por la vida, luchará en los concursos, en las oposiciones, en disputarse un empleo; la educación tiene un contenido social, una proyección de colectividad, porque sobre todo, busca la armónica convivencia

con nuestros semejantes, es una regla de armonía social. Por eso Jean Piaget, el Director de la Oficina Internacional de Educación, hablaba de la necesidad de dar a todos los pueblos una educación intelectual y espiritual y decía: esta educación no consiste simplemente en adquirir unos conocimientos, que se toman con escuchar y aprender obedientemente lo que nos dice el profesor o lo que nos dicen los textos; la educación ha de ser integral, y yo, repito, que tiene una proyección social. La UNESCO, cuando definía los derechos del hombre, precisaba que hay que dar a cada uno el desarrollo completo de su personalidad. ¿Para qué? Para que estos hombres estén capacitados para hacer que pueda existir una armonía, una comprensión, una inteligencia entre todos los Estados, entre todas las comunidades, todas las creencias religiosas y todos los grupos étnicos. Este es el sentido de la educación, este es su alcance. La educación, por tanto, es algo encaminado a fortalecer nuestra capacidad intelectual, pero sobre todo a formar nuestro carácter, nuestros sentimientos y nuestras creencias.

La aspiración
a un "mundo
mejor" y la
educación

Según lo que acabo de exponer, la educación no se puede reducir al estricto tiempo que media entre los primeros años de nuestra vida y termina en la juventud; desde que iniciamos nuestros estudios hasta que damos por terminadas nuestras enseñanzas, pues lo cierto es que alcanza y ha de continuarse, adecuadamente, en todo el tiempo en que estamos en sociedad. Recuerdo el título de una comedia que decía, "La educación de los padres". En el caso de la comedia resultaba una contraeducación, porque se trataba, cómicamente, de adaptar a los padres a las malas costumbres de libertad y despreocupación de la juventud de nuestro tiempo. Pero el título tenía su intención, pues hay que hablar de la educación de los padres, y hasta de los abuelos, en el sentido de que, para la convivencia, cada una de las generaciones ha de realizar un esfuerzo de adaptación y de tolerancia para establecer el nivel común de la comprensión y el mejor vivir en la sociedad. Los hombres de cada generación murmuran contra las innovaciones que introduce la juventud que sube, no transigimos con las nuevas costumbres y existen así fenómenos de disociación moral. Pues bien, debemos educarnos todos, en cada momento, para entender las nuevas costumbres y también para atemperarlas convenientemente, cediendo por un lado y tratando de frenar y corregir por otro. Por eso debe haber otra forma de educación de amplitud social, que, como les haré observar a ustedes después, es la que más falla, porque la pedagogía que se da en las escuelas y centros de enseñanza, no es toda la pedagogía, falta la *pedagogía social*. En los manuales de ciencia pedagógica ya se advierte que de poco sirven los esfuerzos educadores del maestro en la escuela si luego los contrarrestan los malos ejemplos que los escolares reciben en

el ambiente familiar. Se enseña en las escuelas el bien hablar y en muchos hogares se prodigan las expresiones groseras, las palabras procaces y hasta la blasfemia. El educador se empeña en formar un espíritu moral en el alumno y éste no ve en su casa más que excesos de inmoralidad. El concepto se extiende al ámbito social. Tarea inútil la de formar la juventud en los centros de enseñanza, si luego la sociedad con sus costumbres la hace inadecuada.

Con parecer esto tan sencillo, pues está dicho y repetido en libros, sin embargo ¡cuán difícil es aplicarlo! ¿Para qué nos educamos? He dicho que para vivir en sociedad, y para vivir en sociedad ¿cómo y para qué fin? Hay una teoría económica que ha tenido un cierto éxito, nacida en una de las famosas universidades inglesas, se llama la "teoría del bienestar" (*Welfare*). Tal vez por el hecho de que de la ciencia económica se tiene un concepto de ciencia materialista, se pone en discusión esta teoría, a la cual se le podría atribuir un cierto sentido epicúreo. No obstante, la redime de este pecado el hecho de que los progenitores de la doctrina y luego sus propugnadores, ya advierten que el bienestar no consiste exclusivamente en la posesión y el goce de los bienes materiales, puesto que el concepto completo requiere también un bienestar espiritual. En este sentido puede decirse que la doctrina económica aludida coincide con otro enunciado hoy muy repetido y justamente propagado, porque es necesario; me refiero a la apelación a "un mundo mejor"; idea que ha tenido acogida en la Iglesia y cuenta con un vehemente propagandista en el P. Lombardi. La aspiración a "un mundo mejor" no puede consistir únicamente en el criterio estricto de los economistas de que pueda lograrse operando una mejor distribución de la riqueza de las materias y los productos entre los pueblos y los individuos, porque el coeficiente exacto de distribución de la riqueza para procurar la satisfacción de las necesidades materiales de los hombres en una cantidad aritméticamente exacta, aunque fuese posible establecerlo, que no lo es, no da el auténtico y completo bienestar. No se puede sentir feliz el hombre que tenga todas las apetencias materiales satisfechas en el mundo de hoy, el hombre que puede alimentarse bien hasta proporcionarse todos los refinamientos del paladar, que viste con elegancia, que vive en una habitación confortable, viaja a placer, va a los espectáculos que desea, etc.; no es feliz y no puede serlo, porque se siente rodeado de una miseria amenazadora, porque a cada paso nos asaltan la envidia, la insidia, la calumnia, la deslealtad, la ingratitude, todas las malas pasiones de los hombres, que hoy están más desbordadas que nunca. Incluso los hombres más afortunados de esa época inverosímil del "estraperlo", los que hicieron mayor y más rápida fortuna, no han sido felices, ni pueden serlo, porque se vive con la angustia inquietante de otra gran guerra que puede venir, que cada vez vemos más próxima,

porque también hay la realidad de pequeñas guerras y revoluciones, de perturbaciones sociales de todas clases. Sólo los inconscientes o los hombres de inteligencia muy roma, pueden vivir tranquilos en este agitado y angustiado mundo y creer que viven en el bienestar, cuando sólo es el bienestar material; los demás, hemos de sentir, y sentimos, esa inquietud, ese desasosiego de todos los instantes de nuestro vivir, porque caminamos a ciegas por un mundo en el que nos acechan muchos riesgos, sobre todo muchos interrogantes inquietantes.

Cuando decimos "un mundo mejor", es que ya reconocemos, en principio, que nos satisface poco el actual, y es verdad. La raíz de este descontento hay que buscarla en la *falta de educación*.

El contraste entre ciencias aplicadas y las morales y políticas, como uno de los fallos del sistema educacional

En nuestro mundo se da este gran contraste: junto a un desarrollo inmenso, insospechado, casi diríamos fantástico, de las ciencias aplicadas, que cada vez avanzan más, observamos defectos graves y profundos en el ajustamiento social, fenómenos de disociación. Paralelamente al incalculable progreso de las ciencias aplicadas, la Química, la Biología, la Ingeniería, la Medicina, etc., los pueblos viven recelosos, arma al brazo en espera de una guerra que ya damos por inevitable, los grupos sociales se hostigan de manera violenta, las virtudes y las afecciones sociales casi son inexistentes, las instituciones más sólidas, como la familia, se debilitan, y los hombres, desconfiados, nos hacemos recelosos y nos vamos concentrando más y más en el aislamiento y en nuestro egoísmo. Así, contrariamente al desarrollo, que yo, en términos biológicos, calificaré de sanguíneo, de las ciencias aplicadas, las morales y políticas han tenido un desarrollo nervioso de desequilibrio. Las ciencias morales y políticas no pueden ni han podido salir del campo de las vacilaciones y de los ensayos, de las contradicciones y la inseguridad; las ciencias morales y políticas oscilan pendularmente entre el lado de la superficialidad y la improvisación y de la utopía por otro lado. Así nos encontramos que tales ciencias no han podido reemplazar la estructura social y política arcaica, ruinosa y maltrecha; no han podido vivificar o sustituir instituciones vacilantes y desacreditadas que, son como unas muletas quebradas con las que la humanidad va caminando, tambaleándose, por ese camino que decía antes, camino de indecisión, camino de angustia. Los cultivadores de las ciencias aplicadas pueden tener la satisfacción interior de sus éxitos materiales y blasonar de ellos, alabarse de los grandes progresos conseguidos; los cultivadores de las ciencias económicas sociales o políticas sólo tienen la vanidad de su erudición, pero en el fondo todos hemos de sentirnos decepcionados por la inutilidad de los esfuerzos, porque no se ha podido lograr que los pueblos tengan gobiernos buenos y estables, ni encontrar la fórmula para la paz, la tranquilidad y la felicidad,

el bienestar que necesita nuestro espíritu. El bienestar material nos lo dan las ciencias aplicadas, el bienestar de nuestro espíritu nos lo debieran dar las ciencias morales y políticas y no nos lo dan. Este, es, señores, el gran fallo del sistema educacional.

Este fallo hay que buscarlo en dos raíces, en dos motivos, uno en la estructura misma del sistema educacional o lo que entendemos por tal, y otro en la ausencia o falta de una pedagogía social.

En lo primero, es decir, en la estructura del sistema docente (centros de enseñanza, cuadros de estudios, etc.), cada uno de ustedes puede pensar las veces que en el hogar o en reuniones se habla de estos problemas, de los libros de texto, de los programas, de las explicaciones del profesor, de la forma con que se hacen los exámenes y las pruebas de grado para dar los títulos, y al discutir sobre estas cuestiones de detalle, ya reconocemos que es un sistema imperfecto. Pero en el fondo, aun son mayores los defectos, hay cuestiones más graves, pues son fundamentales de orientación, que comprenden el emplazamiento de las enseñanzas, el carácter de las disciplinas, no se ha resuelto el problema de la formación o selección del profesorado y tantas otras. Hay en la estructura misma del sistema docente tantos y tan variados problemas, que, como digo, esto indica ya que el sistema educacional es defectuoso; pero hay que ahondar más en la cuestión.

Defectos intrínsecos del sistema instructivo

Un primer problema, cuando se habla de educación, tiene su expresión en la palabra *analfabetismo*. Tratar del analfabetismo y de su corrección es un tema seguro de éxito, porque el analfabetismo se considera como una plaga social. El Presidente de la UNESCO en el año 1951, Torres-Bodet denunciaba que más del 60 por 100 de la población del mundo es analfabeta, no ha recibido la menor instrucción de cualquier clase que sea, vive sumida en la más completa ignorancia de las condiciones y valores fundamentales que constituyen la realidad concreta del hombre. Esto es una vergüenza; los países que en la estadística de la educación van al final con unas cifras, un coeficiente elevado de analfabetos, sienten el rubor de figurar con este estigma, porque el analfabetismo se considera como una injusticia social. ¿Cómo se combate el analfabetismo? El remedio parece sencillo: multiplicar las escuelas primarias y llevarlas a los más apartados rincones, instituir clases vespertinas o nocturnas de adultos o en días festivos. Nuestra generación está satisfecha de que ha conseguido en este punto adelantar varios grados, hay menos analfabetos y la instrucción se hace más asequible a todas las clases sociales. Pero yo quiero decir sobre esto, quiero someter a la observación de ustedes, algo que de pronto podrá parecer un exabrupto, quizá una temeridad y, sin embargo, lo digo con todo el convencimiento.

Quiero decir que a medida que se extiende esa instrucción meramente superficial entre las clases populares se producen dos órdenes de hechos diferentes: uno es cuando pensamos que por haber enseñado a leer y a escribir a un individuo, lo hemos rescatado del purgatorio del analfabetismo; otro es cuando, después de enseñarle a leer y a escribir, se cree haberle puesto en condiciones para ejercer una carrera. En lo primero el hecho de enseñar a leer, a escribir y contar no significa ni mucho menos que se haya desarrollado de manera completa la personalidad del hombre. Observen ustedes que a veces el poner a ciertos hombres en estas condiciones mínimas de cultura es para la sociedad un peligro grave, porque propenden a las lecturas que trastornan su inteligencia, excitan demasiado su imaginación y vemos, sobre todo, que en las clases más modestas, propenden en lo social a las lecturas extremistas y disolventes. Se observa también, que el hombre que aprende a leer y escribir en un medio rural, en seguida adquiere la presunción de un falso señoritismo, que le hace desdeñar el trabajo del campo o las ocupaciones manuales, para aspirar a los empleos sedentarios e improductivos.

Recuerdo un cuentecito, que en su sencillez, tiene el valor de lo anecdótico y que explicará el alcance de lo que quiero decir mejor que una divagación de carácter elevado y científico: un aldeano era propietario de un pequeño jumento al que tenía uncido a la noria para extraer el agua y así producía positivamente la riqueza, porque el agua fertilizaba su campo. El aldeano creyó descubrir que aquel jumento tenía ciertos destellos de inteligencia, y un día lo expuso así a un forastero que llegó al pueblo. Este le dijo que bien podía ser que el pollino pensase, pues él había visto en un circo ecuestre un jumento que realizaba operaciones matemáticas, contaba, sumaba; levantaba una pata tantas veces como correspondía al resultado de la operación planteada. Si el jumento del aldeano tenía condiciones, era cosa de aplicarse a enseñarle, porque se ganaría bastante dinero. Entre el aldeano y el amigo se dedicaron a hacer sabio al jumento. Después de mucho porfiar, el pollino no parecía tener aptitud alguna para el cálculo; si alguna vez acertaba, era como aquel otro jumento célebre que sólo la flauta por casualidad. En vista de lo cual, desistieron de enseñarle. ¡Ah!, pero lo que no consiguieron más es que el jumento volviese a dar vueltas a la noria, ni a golpes de palo. (Risas.) Esto me recuerda lo que un amigo mío, terrateniente en Galicia, me contaba años atrás. Al ir en verano al pueblo preguntó por la arrapieza que cuidaba las vacas. Con gran sorpresa se enteró que había hecho el ingreso del Bachillerato. Al cabo de unos años la niña seguía estudiando, pero sin aprobar cursos, sin dar señales de adelantar en su empeño, y hubo que desistir de que hiciese el Bachillerato; ¡pero tampoco volvió a cuidar las vacas!

Esto, que es frecuentísimo, tiene consecuencias de mayor alcance que el simple fracaso del sujeto singular, pues ocurre que el hombre que ha aprendido unos elementales conocimientos tiene en seguida la pretensión de ir a ocupar los cargos sedentarios burocráticos e improductivos lo cual es de efectos lamentables, por su generalización, para el orden económico y social. Cuando los economistas y sociólogos estudiamos los problemas demográficos, nos interesa más que seguir el ritmo de crecimiento de la población, con el curso de los nacimientos o defunciones, la clasificación social, o sea el censo por profesiones, para ponderar cuántos trabajan en la agricultura, en la industria, en las profesiones liberales, etc., y en esto, hoy se va observando un desequilibrio peligroso.

Aquí viene la segunda parte. Cuando un hombre ha recibido una instrucción insuficiente, se forma un tipo que, sin servir en realidad para nada, cree que sirve para todo. Frecuentemente se acercan a mi despacho pretendientes a pedir un empleo, y al preguntarles qué aptitud específica tienen, me contestan: "Pues mire, yo sirvo para todo". En seguida formo la convicción de su real ineptitud. En cambio, hay una escasez notoria y alarmante de gente preparada para ocupaciones que exigen preparación adecuada para el desempeño de cargos específicos. Aquella masa de gente, que atraída por el señuelo de ser "hombre de carrera", va a hacerlas de una manera imperfecta, recibe una instrucción incompleta y con ausencia total de auténtica educación, son los responsables de cómo se van nutriendo la burocracia y el enchufismo; dos plagas sociales de nuestro tiempo. Es el tipo de hombre peligroso, eternamente descontento, porque nunca podrá resolver la ecuación entre lo que positivamente vale, que es poco, y lo que pretende ha de conseguir en su imaginación y en sus ambiciones, que es mucho. Esa masa de descontentos, ustedes lo saben, constituye un fermento para las revoluciones y las rebeldías. En una reunión de graduados de la Universidad de Londres, no hace mucho, se habló de la "inflación académica" con lo que se quería denunciar la peligrosa afluencia numérica de jóvenes que van a los centros docentes para hacer una carrera; la mayor parte no la terminan, y otros la terminan a fuerza de tenacidad y de arrastrarse. En la referida asamblea se recomendó cortar esa afluencia, porque no hace más que aumentar la masa de las mediocridades ambiciosas y desplazadas.

Otro problema. En los planes de política educacional se dedican grandes cantidades para edificios destinados a albergar toda clase de instituciones docentes. Está bien; lo hacen cumplidamente y con todos los perfeccionamientos que puede exigir la pedagogía moderna; pero luego aparece un problema gravísimo:

Escasez de maestros y absentismo en la función de enseñar

tenemos cátedras y no hay catedráticos. Hay aquí dos problemas, uno el de la escasa afluencia profesional y vocacional para esas funciones de la docencia; otro el absentismo, el de que los titulares se ausentan de sus escuelas o sus cátedras. El problema es visible, preocupa a la sociedad actual que las dos profesiones más fundamentales para la sociedad, que son el maestro y el sacerdote, apenas tienen candidatos en la juventud moderna. Ustedes saben que se hace constantemente una propaganda pró-seminario, porque hay escasez de sacerdotes, pero quizá no han advertido que hay más escasez todavía de maestros. Pregunten ustedes qué contingente de maestros tiene, por ejemplo, la Escuela Normal de Barcelona; es una cifra insignificante; y lo peor es que los maestros después no van a sus escuelas. Si yo les dijera las estadísticas de las escuelas de la provincia de Barcelona que están abandonadas por sus titulares, en manos de interinos que se suceden unos a otros, y de escuelas que no han conocido nunca al titular, se asombrarían; como también el número de cátedras que están sin candidato. Es sorprendente que se anuncien oposiciones a cátedras de poblaciones tan importantes como Madrid y Barcelona y que sólo se presenten un candidato o dos candidatos. Es poca gente la que va a las cátedras y lo peor es que se repita el caso del catedrático que se ausenta o va a la clase sólo pocos días del curso y del que acorta las horas de explicación y de permanencia en el aula. La causa de esto ¿en qué está? Fundamentalmente en que la sociedad no da al docente la consideración social que merece, y por esto la juventud no va a esas profesiones, porque prefiere otras más renumeradoras.

Eso me hace pensar en lo distinto de los tiempos nuestros, tan *progresivos* y *modernos*, comparados con los *pobres* y *atrasados* y la lección que éstos nos dan. En los pueblos antiguos de China, India, Israel, etc., se daba una gran consideración social al maestro, se tenía una idea noble y elevada de su función. En muchos de los libros antiguos de proverbios, verdaderos códigos morales de aquel tiempo, encontramos textos del gran respeto con que se distinguía al maestro. En el Talmud, por ejemplo, se dice — “si ves en peligro al maestro o a tu padre, socorre primero al maestro, porque el padre no te ha dado más que la vida, y el maestro te ha preparado para la vida presente y para la futura” —. En la India antigua disfrutaba el maestro de un respeto religioso y se le decía al alumno que debía venerarlo como al mismo Buda. Los maestros eran tenidos como “protectores” del pueblo. Hay algo curioso, en uno de esos textos a que aludo. Es un texto chino que indica los extremos en que llegaba aquel respeto. Decía: “cuando se te acerque el maestro para hablarte, ponte la mano en la boca para que no le molestes con el aliento”.

Este respeto al maestro ¡cómo contrasta con la situación actual,

en que el maestro, el auténtico maestro de enseñanza primaria, es el paria de las profesiones de la inteligencia!; y sin embargo, ¡cómo olvidamos lo que significa la palabra "maestro"! Maestro, es el único título que quiso Nuestro Señor Jesucristo, el Dios hecho hombre; fueron los Apóstoles y somos sus seguidores los que le aplicamos el calificativo de Divino; pero El no quiso más que el de Maestro. Y todo el que en su arte, en su profesión, en una actividad cualquiera hace escuela, el mayor halago que recibe es que cuando se le acercan sus discípulos, no le digan "señor doctor" o "catedrático", sino que le digan "maestro". ¿Por qué, si el significado de la palabra tiene una tradición de prestigio y aquella elevación de concepto, lo menospreciamos en nuestra sociedad actual? Y al decir maestro quiero decir toda la gama del profesorado.

El profesorado por la identidad substancial de su función de enseñar debía formar una unidad profesional; sin embargo, el profesorado está dividido en castas y dentro de cada una está dividido por esa aberración administrativa que se llama el "escalafón", por virtud del cual se gana en categoría por los años y no por la función. El escalafón es, naturalmente, la disociación de los individuos que lo componen, porque nos da a todos, irremisiblemente, el deseo, la preocupación y el cálculo para el ascenso, que implica la eliminación de los que nos preceden. Por esto es un elemento de disociación, un motivo de ruptura de esa unidad que el profesorado debe formar. Si no hay unidad moral en cada escalafón, menos la habrá entre escalafones diferentes. Yo no me explico, por ejemplo, que el que da la clase de Química Orgánica en la Escuela de Ingenieros Industriales, o el que explica Mineralogía en la de Minas, cobren bastante menos y tengan menos categoría administrativa docente que los que explican las mismas asignaturas en la Universidad. Esta diferencia de categorías y posiciones sociales hace que los de arriba miren con cierto aire de superioridad o desdeñoso a los de abajo y los de abajo, naturalmente, miren con cierta envidia a los de arriba. He de observar que cuando digo esto no me refiero solamente a nuestro país, puedo hablar en general, porque la verdad es que la formación del docente, del profesor, está descuidada en todas partes; no se ha encontrado, después de teorizar tanto, el modo de hacer buenos catedráticos, buenos profesores, puesto que por el sistema de oposiciones o concursos, generalmente asignamos la cátedra al más sabio, pero el más sabio no es siempre el que sabe mejor enseñar y, desde luego, puede que no sepa educar. Recuerdo haber asistido a las clases de la Universidad de Madrid que daba un hombre eminentísimo por todos conceptos y salí de aquella cátedra con un pesar profundo, porque nunca he visto mayor indisciplina ni mayor irrespetuosidad para un profesor; pero es que

Castas en el
Profesorado y
falta de
formación
pedagógica

aquel hombre era un hombre excepcional para sus investigaciones de laboratorio y sin embargo no tenía la más mínima condición para enseñar y ser catedrático. Es un error creer que cuando un hombre descuella por su inteligencia le hemos de premiar dándole una cátedra, o se den con cierta facilidad para que vayan a profesarlas los que no han manifestado una vocación, una auténtica capacidad docente.

Es lamentable que a estas alturas y después de haber hablado tanto de pedagogía, los catedráticos se forman, la inmensa mayoría de ellos, sin tener la menor noción de esta ciencia ni de la didáctica de la asignatura que explican. Un agudo psicólogo de nuestros días hacía una comparación que a primera vista les podrá parecer a ustedes que es algo así como de "La Codorniz", porque decía que un catedrático es igual que un tapicero. ¿En qué podrá consistir el parecido? La explicación era ésta: el tapicero es un honrado oficio que consiste en extender el tapiz, alinear los clavos y luego centrar bien los martillazos; los catedráticos, los profesores, hacen lo mismo, extienden el tapiz, que es el programa de su asignatura; lo ordenan en lecciones y preguntas, que son los clavos; luego le remachan, con esfuerzos para que entre en la inteligencia de los alumnos, aunque no penetren en su corazón ni en su convencimiento. El día que se consiga formar buenos educadores, que la selección del profesorado sea a base de gente que conozca bien qué son la pedagogía y la didáctica pedagógica, cuál es la metodología conveniente a las disciplinas que enseña, entonces el problema de la educación se habrá resuelto por sí mismo, en gran parte, de una manera automática. Mientras esto llega, hemos de mostrarnos desconfiados.

Crisis de la
Universidad

Esto me lleva a hablar de un problema un poco delicado, pero que hay que plantearlo y hacerlo con suficiente claridad. Me refiero a la crisis de la Universidad, que es el problema más grave por lo que luego habré de decir. La Universidad está atravesando una crisis real y profunda; en muchos países está decadente, vive de su pasado prestigio, pero anquilosada. Esto no lo digo yo. Hace sólo unas semanas tuve ocasión de leer un trabajo de Ljubisa Bozic, quien al estudiar la situación de los refugiados de guerra estudiantes en varios países, lamentaba que la Universidad no se preocupa de la educación social (humana) ni de la moral (cívica). Añadía que la Universidad no parece haberse dado cuenta de que el mundo social, político y económico ha evolucionado considerablemente y se mantiene en su estructura anticuada, limitada a ser una institución de enseñanza que no penetra en la formación de la personalidad del escolar para ayudarla. Algo parecido dijeron los propios universitarios en el Congreso de Universidades de Utrecht en el año 1949, donde se habló reiterada-

mente de crisis de la Universidad. Allí se dibujaron dos criterios sobre lo que es o debe ser esta gran institución: uno era el de la Universidad puramente intelectualista, que la considera como un círculo cerrado para una minoría seleccionada (seleccionada por un examen de ingreso, por un examen de Estado, por un curso preuniversitario, etc.), y la tarea universitaria no consiste más que en meter en la inteligencia de los alumnos muchos conocimientos, abrumarlos a fuerza de conocimientos. Fíjense que, tristemente, ésta es la realidad. Cuando se hace una reforma de planes de estudio todo consiste en poner nuevas asignaturas, nuevas disciplinas, ensanchar los programas; ya no se calcula si hay tiempo para estudiar tantas asignaturas; no se piensa en el estado de angustia espiritual en que se pone al escolar que tiene clases desde las ocho de la mañana hasta las dos de la tarde y a las cuatro o las cinco vuelve para otras complementarias o adicionales. ¿Qué tiempo le queda para asimilar aquellos conocimientos? Este atiborramiento de cultura que dan algunas universidades, es un tipo puramente intelectualista y estéril.

El otro tipo es el que entiende que la Universidad no ha de limitarse a enseñar. La vida es un conjunto de relaciones humanas en las que juegan el carácter, las maneras o comportamiento, el conocimiento de los semejantes, y la Universidad ha de preparar para esto, prepararnos para la vida. Su función principal es abrir la inteligencia para la percepción de los conocimientos y dar capacidad para juzgar; no en que se han de adquirir, precisa y exactamente, los conocimientos que el profesor quiere, los de su programa, los de su texto, los de su explicación. Hay que formar el carácter, hay que abrir el espíritu para que se tenga la fina percepción de las actitudes de los hombres, que se sepa valorar exactamente las cosas; la Universidad ha de responder a una concepción completa de la cultura como unidad y actuar en un sentido auténtico de educación.

Desgraciadamente este no es el concepto de nuestra Universidad. Aquí entendemos que la Universidad la forman exclusivamente las Facultades; primero eran cinco, después se añadió la de Veterinaria, recientemente se ha creado la de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales; pero la Universidad se considera algo completamente distinto de las demás instituciones docentes, y las Escuelas técnicas superiores, las que preparan realmente para las funciones más vitales de la vida social, como las ingenierías en sus diversos ramos, están en la periferia o aparecen completamente distanciadas del espíritu de aquélla. Casi podríamos decir que la misma Universidad, con sus Facultades, ni siquiera forma una unidad, porque cada una de éstas se siente un poco autónoma. Las ligan unos organismos administrativos como la Junta de Decanos, la Junta económica; pero por lo demás, cada Facultad

se considera independiente en sus prerrogativas y no forma el núcleo espiritual vigoroso que debe constituir la Universidad.

El otro tipo de Universidad es el que responde a su nombre de cosa universal, que lo comprende todo. En este cuerpo universitario están las Ciencias abstractas junto a las Ciencias aplicadas, las Artes y las Letras; con la Medicina, la Farmacia, la Filosofía y la Historia, etc., etc., están la Ingeniería en sus diversos ramos, el Comercio, las Bellas Artes y otras especialidades como la Diplomacia y hasta la formación de directores de hoteles. Esta es la Universidad humana, este es el concepto de la Universidad auténtica. Nosotros llevamos en esto un atraso de cinco lustros por lo menos y creo me quedo corto.

El problema de la Universidad es grave porque coge a los jóvenes en el período más crítico de su vida. Mientras somos niños vamos a la escuela primaria, para la cual se dan normas fijas y programas determinados. Cuando vamos a los Institutos de segunda enseñanza o enseñanza media, también todo está predeterminado. En cuanto tenemos los 17 años o alrededor de esta edad, entonces viene la autodeterminación, ¿qué carrera voy a emprender? El hombre ha empezado a determinar por sí mismo. La elección de la carrera depende de muchas y variadas circunstancias; a veces por una especie de herencia de continuar el negocio o el despacho del padre o por contagio o simpatía en las relaciones de amistad. Lo malo es que hoy nuestra juventud, por no haber recibido una educación conveniente, suele hacer una elección puramente materialista. No pocos de los que vienen o han venido a pedirme consejo, al término de su Bachillerato, no piensan en sus aptitudes, sino que en seguida preguntan cuántas *salidas* tiene una carrera. Esto quiere decir las perspectivas de empleo o ocupación, las posibilidades para acudir a los concursos u oposiciones; se enteran de las vacantes que puede haber; es decir, calculan por las perspectivas crematísticas que la carrera ofrece.

Esto ya ineducan al escolar. Faltos muchos de ellos de vocación y de positivo interés para los estudios, sólo les preocupa terminar, hacerse con el título que piensan les abrirá las puertas donde ganarse la vida sea como sea, y de aquí esa plaga de las *recomendaciones*, que en épocas de examen se traduce en un alud de cartas y visitas de amigos y conocidos interesando se apruebe a su recomendado. Esta costumbre se ha extentido con caracteres de vicio social y como una vergüenza en las oposiciones y concursos, difundiendo en la juventud un falso y enervante estado de conciencia que les induce a pensar que lo mejor para situarse y prosperar no es saber, sino contar con una buena recomendación, una influencia, un padrinazgo. Resulta así, frecuentemente, que una masa de jóvenes que cursaron una carrera, se dan cuenta de que la equivocaron cuando ya la han terminado. Con esta incapacidad

se produce ese peso muerto de nuestras sociedades actuales, en las que hay tantos abogados que no tienen bufete, tantísimos médicos que no tienen clientela ni clínica, muchos químicos que no tienen laboratorio a donde ir y también ingenieros que no se emplean en fábrica alguna, etc. Este peso muerto constituye la masa peligrosa que hace alarde de esa cultura superficial, de una erudición vacía y quisquillosa, que está siempre malhumorada y protestante, que es estéril o disolvente.

Hasta aquí he ido tratando del sistema meramente instructivo, en su estructura y en sus consecuencias; pero antes dije que hay también la proyección social de la educación. Si en lo primero hemos de lamentar el rutinarismo que existe, porque el sistema de instrucción se mueve bajo unos moldes rígidos y anticuados, cuando hablamos de la educación social nos asustamos, porque vemos las lacras enormes que la sociedad actual presenta. Lean ustedes la prensa, sobre todo la extranjera, y observarán que es motivo de grandísima preocupación el incremento de la criminalidad, singularmente el aumento de la delincuencia infantil; otra plaga social es la que llamamos el "gamberrismo", que no es una simple descortesía, no es una grosería, sino que ya se va haciendo un malestar social y algunas de sus manifestaciones son tan violentas que rozan los límites del delito; se extiende el uso de los estupefacientes que van degenerando la raza; también es un motivo de preocupación grande la libertad sexual y las aberraciones sexuales, que cuando se conocen las estadísticas de su extensión las encontramos alarmantemente abrumadoras; manifestación también de desequilibrio social es el "estraperlo" o el mercado negro. Todas estas deformaciones de la vida social y de la convivencia de nuestros días, se deben atribuir a que falta una *Pedagogía social*. Lo que en este sentido podemos considerar que nos educa, dentro de la sociedad y del medio ambiente en que vivimos, se nos aparece como un perpetuo contrasentido. Vayan unos ejemplos: nos lamentamos de las guerras, de las revoluciones, del continuo estado de desasosiego, del aumento de criminalidad, y nos lo explicamos porque hay una ausencia de afecciones sociales, de buenos sentimientos. Los sentimientos puros y nobles se van haciendo inexistentes. Pues bien, ¿qué hacemos para despertarlos y fomentarlos? Observen este detalle. Bajo el nombre atrayente de los deportes, tienen una gran resonancia de aceptación pública los espectáculos de competiciones como el fútbol, el boxeo, la lucha libre, la riña de gallos, etc.; es decir, manifestaciones *deportivas*, en las que lo que menos hay en ellas es deporte. Desde luego el público no hace deporte alguno, es elemento puramente pasivo, espectador. Pero, ¿cómo va el público? ¿En qué disposición de ánimo acude a esas manifestaciones? No ciertamente, para apreciar y gozarse en la

Ausencia de
una Pedagogía
social

elegancia de la lucha y felicitar después, por igual, al vencedor como al vencido, sino con un prejuicio de triunfo que le hace estar más atento al marcador de los tantos que a las incidencias del partido mismo. He hablado con muchos de los que frecuentan estos espectáculos y he comprobado con que estado de nerviosidad esperan sólo el resultado. Y en cuanto hay un partido algo sensacional, no pueden consentir la pérdida de su favorito. Esto les deprime como una catástrofe o les causa una enfermedad. Llamamos a esto "deportes" y no son más que manifestaciones de brutalidad y violencia en la competencia. Esto ineducan al público. Desde la infancia, pasando por la adolescencia y hasta la senectud, todos los que se interesan por esta forma de deportes, que no son deportes, se van haciendo ineducados, porque tales espectáculos fomentan la grosería y un sentimiento de rivalidad, al punto de que se aflojan los afectos de la amistad y hasta se relajan los vínculos y afecciones de la familia por el sólo hecho de que sea de un club distinto al que uno profesa. No nos educan estas luchas y competiciones apasionadas para los refinamientos del espíritu, para las satisfacciones sosegadas y puras del alma, sino para esa inquietud nerviosa, violenta e histérica del partidismo obcecado. En cierta ocasión, en un espectáculo de lucha libre, cuando uno de los luchadores tenía aprisionado al otro y le estaba retorciendo violentamente los músculos, en vez de sentir un movimiento de compasión al vencido, que daba muestras de dolor agudo y de sufrimiento, una mujer, situada en primera fila de las butacas, se levantó exclamando: "¡Mátale!". El caso indica el estado de histerismo de los que van a estos espectáculos y explica, naturalmente, que esas mal llamadas manifestaciones deportivas acaben con la agresión al árbitro o los jugadores y a puñetazos o a palos entre el público, exigiendo la intervención de la policía. Lo cual parece una nimiedad; sin embargo, es una muestra de la falta de una pedagogía social, un ejemplo de que esa clase de deportes, en vez de educarnos, nos ineducan.

Otro ejemplo. Leemos en la crónica de sucesos en los periódicos y cada día comentamos, que los accidentes de la circulación por la tracción mecánica, causan numerosas víctimas, y que se debe ver el modo de reducir o acabar con estas desgracias. Para ello se disciplina la circulación, se dictan códigos para castigar a los conductores irreflexivos y se constituyen Ligas de la prudencia, para la moderación. Pero simultáneamente se organizan carreras de automóviles, de motocicletos, de simples bicicletas. ¿Qué significación tiene la organización de esas carreras? Pues una competición de gran velocidad y de que se construyen vehículos para desarrollar velocidades cada vez mayores. En los circuitos de esas carreras, salpicados de sangre de los corredores y algunas veces también de los mismos espectadores, hacemos unos héroes

de los que triunfan, los exaltamos casi como a unas figuras legendarias. ¿Por qué nos extraña, después, que la juventud, que asimila tan pronto estos estímulos, se sienta émula de tales *glorias* nacionales o universales y tenga el prurito de imitarlas? Con estos ejemplos, el joven y el que ya no lo es, en cuanto cogen el volante de un vehículo de motor se lanzan a grandes velocidades, con un afán de batir records, se mira con un cierto desdén al que tiene un coche de pocos caballos o que desarrolla modestas velocidades y se hacen ensayos de sortear dificultades por las ciudades, que es donde hay más obstáculos, aunque todo ello sea con perjuicio del propio conductor y lo peor y más sensible en daño del público que no tiene la culpa de aquellos excesos y pruritos de velocidad. ¿No se ha reparado que al fomentar esas carreras que llamamos deportes, el provocar las grandes velocidades, la velocidad excesiva, estamos dando una lección de antieducación al público, porque le preparamos y excitamos precisamente para que sienta el deseo y se haga la costumbre de esos excesos de velocidad y de imprevisión?

En otro orden de cosas, es en vano que se esfuercen los gobiernos, los legisladores, en figurar en los planes de estudio de toda clase de instituciones de enseñanza cursos de formación cívica, religiosa, moral, si después, la vida se desborda en ejemplos de inmoralidades. En la pantalla del cine, en las transmisiones radiofónicas, en los espectáculos teatrales, se plantean problemas escabrosos de orden moral, sexual o político, que causan en el ánimo de los espectadores u oyentes una impresión totalmente contraria a las ideas elevadas y los sentimientos nobles. No se repara en lo peligroso de las novelas policíacas, en las que se desenvuelve un refinamiento acabado en los detalles para preparar y realizar un delito o un crimen y aunque al final el delincuente o el asesino caigan en poder de la policía, queda en la mente del infante o del adolescente grabada una impresión de simpatía y admiración para el delincuente, porque en su intuición ven la desigualdad de que uno solo ha tenido en jaque a muchos, a toda una organización policíaca de detectives, etc. Aparte de las reflexiones que esa lucha desigual excitan en el espíritu del niño o del joven y le forman el ánimo contrario a lo que parecía proponerse con el final de que el delincuente recibe el castigo debido, también se les enseñan los detalles de cálculo y refinamientos de previsión por el camino de la delincuencia. Asimismo, en novelas, dramas y películas planteamos problemas psicológicos graves, que excitan la imaginación de la juventud y conturban su espíritu. Es así como la sociedad actual vive en un estado de frenesí, de excitación, que ya se ha hecho verdaderamente morbosa, pues todo en ella parece que se

conjura para la exaltación frenética de las pasiones y para conducirnos a los desafueros.

Podría seguir citando ejemplos de la contradicción entre propósitos y realidades; los dejo a la consideración de ustedes, que cada uno observe y cada uno reflexione, pues estoy seguro de que pensarán conmigo que hay un vacío, una falla en nuestra vida en comunidad, la ausencia de una Pedagogía social que discipline mejor nuestro vivir para hacerlo más equilibrado y sobre todo más humano.

Para terminar: es posible que ustedes digan que les he presentado un cuadro bastante sombrío, pero ahora esperan los remedios. ¿Cuáles son y cómo aplicarlos? Yo he dicho y he insistido en que el problema es gravísimo y cuando el enfermo está muy grave no es fácil aplicarle una pócima y decirle cómo se le va a administrar, garantizando la curación; precisamente porque el caso es grave el doctor frunce el ceño, formula toda clase de reservas y receta con precaución. Podría decir, en general, que primero hay que evitar los males y así evitamos el tener que curarlos. Alain Fourier exclamaba: ¡Estamos ahitos de erudición y de eruditos, estamos cansados de ciencia puramente libresca y de instrucción que es meramente culteranismo; lo que hace falta es enseñar a pensar más que aprender! Pero yo digo que también hay que enseñar a sentir. La fórmula definitiva para la educación completa puede darse en teoría de una manera universal; para aplicarla y como remedio general, no lo hay, como no lo hay en medicina. El médico diagnostica para cada enfermo, no igual para todos los enfermos. Yo en este caso diría; para explicar cómo se puede enfocar el problema de la educación, que cada comunidad humana tiene su propio carácter, cada una de ellas forma un ambiente y cada una de ellas tiene, además, su momento histórico. Por tanto para cada una existe un problema y hay que resolverlo con arreglo a los datos singulares.

En cuanto a la falta de pedagogía social, esto ha de ser obra de todos los concursos, de todos los hombres de saber y buena voluntad, de las asociaciones intelectuales, de las instituciones de cultura, con apelación a todos los recursos y medios para definir en cada ambiente unos objetivos, establecer unos principios y delinear el camino para lograrlos. ¡Tremenda y casi utópica tarea!; pero se debe intentar. En 1903 se fundó en Londres una Asociación de fines pedagógicos, la "Classical Association" y al celebrar su cincuentenario en el University College, el presidente a la sazón, Gilbert Murray, decía que su finalidad primordial era actuar sobre la opinión pública para interesarla en el establecimiento de un sistema nacional de educación integral.

Así debe pensarse y esta es la tarea. Los Ateneos tienen en ello un papel. Con cuánta simpatía vería yo que este pobre discurso

mío de hoy fuese la iniciación para que este Ateneo organizase un ciclo de conferencias o se celebrase algún coloquio para que influyésemos sobre la opinión pensando y debatiendo sobre este problema de la educación, que tantas facetas tiene y del cual yo, hoy, no he hecho más que plantearlo ante ustedes y dejarles, como en casi todos los discursos que he pronunciado desde esta tribuna, con un interrogante y una inquietud más. (Grandes aplausos.)

Sólo, como Presidente de la entidad, unas palabras de gratitud a las dignísimas autoridades, a los invitados y al público por su asistencia. Queda abierto el curso 1956-57.



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA

